

CAPÍTULO XV.

El derecho al trabajo.

I.

El trabajo ha convertido al hombre en su propio criador, y al mismo tiempo en su propia criatura. Parece, pues, que el trabajo debería ocupar en todas partes un sitio preferente, un sitio de honor.

Y no obstante, no sucede así. En todos tiempos, antes y después de la edad media, el trabajo ha sido considerado como una deshonra, como un padron de servidumbre. No hace muchos años que la ociosidad era reputada como un mérito de la naturaleza, constituyendo la prerogativa de los nobles. Cuando la aristocracia consentía en salir de su inmovilidad magestuosa, de su holgazanería, era tan solo para dedicarse á la caza ó á la guerra, es decir, para ocuparse de lo que la ponía en relacion mas inmediata con las generaciones primitivas, asimilándola al estado salvaje. Matar ó morir, era la gloria por excelencia. El poder era conferido al hábil matador de profesion, quien previamente era investido del pomposo titulo de rey ó de héroe.

En el día, gracias á los adelantos de la civilizacion, el trabajo empieza á adquirir dignidad. Pero tan solo la América ha sabido otorgarle el sitio de preferencia, y fundar en el trabajo la principal obligacion del hombre y el mayor de sus méritos. El héroe ha sido reemplazado por el bracero. Ya no se riega la tierra con sangre, se riega con sudor. Obrero ó capitalista, cada uno, á la otra parte del Atlántico, debe contribuir personalmente al engrandecimiento de la patria. La fortuna misma no dispensa á nadie de coadyuvar á la obra comun.

El americano no hace mas caso del opulento millonario que del mas miserable trabajador. Elige el oficio que quieras; pero elige un oficio, aun cuando no sea mas que el de orar para la edificacion del prójimo. Seas lo que buenamente puedas; labrador, vaquero, albañil, abogado, funcionario público, no importa: ejerce sucesivamente cada una de estas profesiones, segun las circunstancias, segun mas te convenga; pero seas al fin hombre, es decir, un miembro útil de la gran familia humana. Si no lo haces así, estás fuera de la ley, no en virtud del código escrito, sino en virtud de la opinion pública, y no hallarás un ciudadano que te abra su puerta, ni nadie en la calle que te devuelva el saludo.

Un general norte-americano regresa del ejército coronado con el laurel de la victoria; pero, ¿qué es una victoria? ¿qué significa esto en los Estados-Unidos? El general, una vez terminada la guerra, compra un almacén, y se dedica al comercio de drogas. ¿Sucede lo mismo en Europa?

Empero, hay mas aun: un leñador atraviesa el bosque cantando alegremente. ¿A dónde se dirige? El mismo no lo sabe. Lo cierto es que trascurridos algunos años, aquel hombre ha ascendido por medio del trabajo hasta la presidencia de la república, sin que á nadie le ocurra la idea de buscar en la historia su primitivo origen, y un día llega á ser el personaje mas notable de su tiempo, colocándose al lado de Washington en los anales de la democracia.

II.

Así, pequeño ó grande, obrero de la inteligencia, ú obrero del taller, con blusa ó con frac, todo hombre que trabaja, de cualquier modo que sea, tiene su parte de gloria en el mundo. Desde el momento que cumple con su obligacion, puede llevar la cabeza tan alta, mas alta aun que el orgulloso cortesano, cuyo talento se reduce á hacer grandes genuflexiones y montar medianamente á caballo.

¡Cuánto tiempo, no obstante, se ha necesitado para que el hombre llegara á conquistar su principal derecho de naturaleza, el derecho al trabajo! Al leer la historia del trabajo, durante el antiguo régimen, experimenta uno un sentimiento de compasion hácia el pasado, cuando no un movimiento de horror. Aquello era la explotacion del hombre por el hombre, en toda su brutalidad. La monarquía consideraba la facultad de ejercer una profesion, como una propiedad que el soberano podia otorgar y reglamentar segun su capricho.

Cuando Turgot quiso dar á la Francia la libertad del trabajo, el Parlamento protestó contra lo que llamaba la *anarquía de la produccion*.

Turgot no pudo ver planteada su reforma. Fué necesario que la Revolución la llevase á cabo, destruyendo de un golpe todas las trabas y restricciones con que habia de luchar el obrero. Fuera gremios; fuera aprendizajes; fuera reglamentos; fuera tarifas: libertad completa; concurrencia sin límites: cada uno trabajará como quiera, y por el precio que le acomode, sin necesidad de pasar por ninguna prueba, como no sea la de presentar su obra, y sin sujeción á otra ley que la de la oferta y el pedido.

«Pero la concurrencia que se hacen entre sí los trabajadores, objetarán algunos, produce la baja del salario: luego viene la máquina á quitar el trabajo al obrero, y este no tiene mas recurso que morir de hambre, ó cambiar de oficio.»

¡Cambiar de oficio!... Bien pronto está dicho; pero, ¿cómo hacerlo? ¿Puede acaso el obrero empezar indefinidamente un nuevo aprendizaje? En resumen: tanto si lo queremos como si no; tanto si lo prevemos como si no lo advertimos, la industria tiene sus épocas de paralización: entonces la producción baja, y con ella baja también el precio de la mano de obra.

La Revolución, emancipando el trabajo, ha sentado el doloroso problema del proletariado. ¿Cómo resolver este problema? ¿Es posible librar al obrero de la miseria, permitiéndole hacer algunos ahorros para su vejez?

III.

¡Hélos ahí trabajando! Pueden contarse por millones. Aun no ha salido el sol, y ya las aspas del molino empiezan á rodar; la chimenea de la fábrica á despedir humo; el martillo á repicar sobre el yunque; la lima á morder el acero; el arado á chirriar sobre el surco; la locomotora á inundar sus flancos con torbellinos de vapor: la innumerable orquesta del trabajo, en una palabra, llena el espacio con el ruido de toda clase de herramientas.

¡Todos están allí, formados como en una revista; contados, alineados; cada cual en su sitio; cada cual con su herramienta en la mano! El uno baja á las profundidades de la tierra, para socabar las catacumbas de los primeros siglos y extraer el carbon de piedra: allí trabaja envuelto en las tinieblas, como un cadáver que se paseara de noche en una inmensa tumba.

Otro, suspendido en el aire por medio de una cuerda, junto á una torre que empieza á derribar, lucha á hachazos contra el vértigo, y á cada golpe se acerca un paso á la muerte, con el cuerpo inclinado hácia un abismo.

Otro guarda un rebaño entre las retamas que cubren el suelo de las Landas, y de pié, inmóvil, con ambas manos apoyadas en su baston, deja en silencio que la lluvia empape la piel de cabra de que va vestido, llevando por la noche su ganado al aprisco, para que vuelva de nuevo al día siguiente á pacer en el mismo matorral.

Otro trabaja un pedazo de mármol, que en dosis impalpables lleva la destrucción á sus pulmones: da golpes repetidos con su mazo sobre la piedra, como si cada uno de ellos no le arrancase un minuto de vida. Bien sabe el desdichado que no llegará á los cuarenta años, y no obstante, sigue trabajando sin descanso, con los piés metidos en su propio ataúd.

Otro, finalmente, lucha cuerpo á cuerpo con la máquina. Algunas campanadas han dado la señal del trabajo: el primer calofrío del vapor pasa sobre las correhuelas de las ruedas: el suelo tiembla bajo los piés á impulso de las sacudidas del volante: el movimiento circula como un fluido eléctrico á través de los tabiques: los telares maniobran acompasadamente: las canillas ruedan con furor.

IV.

Y el obrero, silencioso, atento, envuelto en una red de movimiento y de chirridos, teniendo entre sus manos la mano de hierro de las engravaciones, obedece mas bien que gobierna á la máquina: no tiene ni voluntad ni pensamiento propios: sus ideas son las de una válvula; su voluntad la de un cilindro: ha depositado su inteligencia en una caldera: no es sino una rueda mas en aquel complicado mecanismo.

¿Qué importa esta lucha á muerte de la fuerza muscular, necesariamente débil, contra la fuerza inagotable, contra el alma de fuego y la fibra de acero de la máquina de vapor? Si el trabajo viviente sucumbe en la lucha; si cae muerto ó herido en la pelea contra el monstruo de hierro, esto no es sino un accidente mas, una herramienta deteriorada que se arroja á la basura: la producción del algodón no habrá disminuido por esto en una sola paca.

V.

Ahora bien: esos millones de hombres que se levantan antes que salga el sol; que ejecutan sobre la tierra y dentro de la tierra todos los trabajos indispensables para la existencia de la sociedad; que vuelven cada mañana á su trabajo, repitiendo constantemente la misma

operacion; que dan vueltas periódicamente en el mismo círculo, como en un picadero; que viven unidos á una máquina, movidos por ella, y molidos por ella, forman, no obstante, la mayoría de la nacion.

Y estos hombres, que lo mismo que nosotros, se amamantaron en el seno de la madre comun; que al igual de nosotros llevan impreso en la frente el sello del pensamiento, ¿vivirán sobre la tierra esclavos del trabajo, sin haber conocido su alma el alma universal del genero humano, representada por la instruccion?

Esto seria una anomalia; una injuria á la doctrina del progreso.

VI.

No hay duda, es preciso respetar la propiedad; mas diremos, es preciso bendecirla; porque desde su punto de partida, el capital naciente, acumulando una privacion sobre otra privacion, ahorrando diariamente un céntimo, ha formado la suma destinada á redimir progresivamente la miseria.

Por el hecho solo de que él ofrece una probabilidad de remuneracion en forma de salario, abre á todos en un tiempo dado la puerta de la propiedad. «Ahora tú tambien, dice el capitalista al obrero, dándole el ejemplo, y podrás, como yo, llegar á ser propietario.»

Pero, ¿consiste todo en decir al obrero: «Ahorra» para que pueda ahorrar? Aquí la cuestion cambia totalmente de aspecto. «¡Ahorra!... contesta tristemente el proletario: eso está muy bien dicho: agradezco el consejo.»

La economía política puede reconocerlo por el hecho de la concurrencia. El trabajador, generalmente hablando, no puede con su salario sufragar los gastos sino de una existencia muy mezquina, y entonces la economía, en su feroz optimismo, no vacila en aconsejar al pueblo un crimen que no tiene nombre en nuestro idioma, crimen previsto, segun me parece, y castigado por la Biblia, el infanticidio antes de nacer la criatura.

«¡Ahorra!»—«¡Ah! sí: yo bien quisiera ahorrar; pero, ¿sobre qué puedo hacerlo? ¿Sobre un salario que apenas me basta para pagar al panadero? Y cuando haya hecho durar mis andrajos un año mas; cuando haya disminuido una migaja de mi racion de pan ó de la racion de mi familia, ¿podré economizar el precio de un sudario para mi cuerpo, y de una zanja para mi sepultura?»

No basta, pues, aconsejar el ahorro al proletario; es preciso tambien facilitarle los medios de verificarlo. Pero estos medios, ¿dónde están?

¿cuáles son? La escuela optimista, con su habitual costumbre de confiarlo todo al destino, no dejaria de contestar, moviendo lo cabeza: «No hay ningun medio; no hemos podido hallarlo. Vé, pueblo, y sufre: el sufrimiento es tu destino. Se ha dicho: *Ganarás el pan con el sudor de tu frente*, y debe cumplirse esta sentencia. Nos compadecemos, no hay duda, de tu destino; pero es irrevocable. Está escrito por el dedo de la fatalidad. ¡Qué quieres! Hay en la sociedad dos sociedades distintas, separadas por una muralla de bronce: la una se compone de los pobres; la otra de los ricos, y así será siempre mientras exista el mundo. Todo lo que podemos hacer en tu obsequio, es darte una limosna, despues que esteemos hartos, y cuando nuestra alma se haya dilatado con la encantadora música de una obra de Rossini ó de Mozart.»

VII.

¿Pero es posible no comprender que esta contestacion, lejos de debilitar el comunismo, no haria sino arraigarlo en el corazon del proletario? La pobreza tiene necesidad de una ilusion, aun cuando no sea mas que para engañarla sobre su miseria. Las ideas dominantes en el siglo han arrancado al pueblo la creencia en el paraiso, y el pueblo pide alguna cosa para sustituir esta creencia. Si se le priva de la resignacion, otórguesele al menos la esperanza. Ayer podia aun jugar á la lotería; mas se ha juzgado conveniente suprimir esta última ilusion de su miseria. La supresion ha sido bien fundada; pero el pobre tambien tiene razon al arrojar en brazos del socialismo: esto es para él un nuevo método de jugar á la loteria.

¿Quereis que el pueblo se separe de la utopia? No hay mas que un medio, el cual consiste en abrirle la dorada puerta de un porvenir mas halagüeño; en amarle apasionadamente, y en darle pruebas de este afecto, ayudándole en la solucion del problema que el comunismo ha sentado, sin acertar despues á resolver. «Mas esta solucion no existe, se contesta: un orador eminente la ha llamado tres veces desde la tribuna, como se llamaba en Roma el alma de un muerto, y el muerto no ha podido contestar.» ¡Conque la solucion no existe!... ¿Estais bien seguros de ello? Entonces no lo digais en voz alta, porque si fuera cierto, seria preciso desconfiar del progreso: el siglo diez y nueve nada tendria que envidiar al fatalismo del turco, que muere recostado en su divan, consumido por el humo del ópio.

VIII.

Pero, ¿acaso no tenemos ya una solución para este problema, ó á lo menos una revelación del camino que debemos seguir para llegar al fin apetecido, en la casa de espósitos, en las salas de asilo, en las cajas de ahorros, en la instrucción primaria, en las colonias agrícolas, en la asistencia mútua, y en el sufragio universal, por fin, el cual, elevando al trabajador á la dignidad de ciudadano, le iguala en lo sucesivo á cualquiera otra clase de la sociedad, y le engrandece á sus propios ojos, al observar la parte de acción que él ejerce en el Estado?

Manos á la obra, pues: es cuestión de interés mútuo. Nosotros los felices, ó mas bien dicho, los mas favorecidos por la fortuna, hemos contraído para con el pueblo una deuda de honor, saquémosle de su estado de ignorancia: la ignorancia no es mas que la ceguera del espíritu. Cuanto mas claro vea el pueblo, mejor recorrerá el camino de la virtud. Establézcase una escuela en cada aldea; una biblioteca en cada distrito. No presenciemos mas el escándalo de un ciudadano que no sepa leer, ó que sabiendo leer no tenga un libro á su disposición. Que todos puedan alimentar su inteligencia, al menos una vez al día, al concluir su trabajo.

Es necesario que la previsión reemplace á la caridad: la limosna humilla: la seguridad ennoblece. Comparad esos dos obreros que teneis á la vista: el primero lleva un fusil en la mano: es un operario de la destrucción; una máquina de disparar tiros. El Estado le viste, le alimenta y le cuida cuando cae enfermo; le cura si recibe alguna herida; le premia si se ha mostrado valiente, y le aloja en un palacio cuando ha perdido una pierna ó un brazo en la campaña. Nada mas justo que esto. Sin embargo, este *artista*, este obrero de la muerte, no ha producido mas obra que un raudal de sangre, ó un torbellino de humo.

El otro obrero, al contrario, es un soldado del trabajo. Desde su infancia lucha sin tregua ni reposo contra la primera materia: convierte el hierro en pasta; funde el acero para ganar tambien alguno de los triunfos de la industria humana, como es el construir un puente tubular ó perforar una montaña, y cuando cae en el campo del honor, nadie le alarga la mano para levantarle; envejece sin ningun apoyo, y muere donde puede: del hospital se le traslada en un carro al cementerio.

IX.

No pidais al poder que le señale una pensión: es incumbencia del obrero ahorrar lo necesario para alimentarse en la vejez. Pero el poder puede favorecerle indirectamente, alijerándole de aquella parte del impuesto que tan injustamente pesa sobre él, gravando con mas fuerza sobre la clase pobre que sobre la clase acomodada.

Dios nos libre, no obstante, de considerar al poder como el salvador del proletario: no puede serlo, y aun cuando pudiera, seria una afrenta para la dignidad humana, porque semejante via de salvación acabaria por sepultar al individuo en el panteísmo del Estado.

En la situación actual de la Francia, gracias á la evolución silenciosa que verifica el pueblo, el obrero ya no espera del gobierno el mejoramiento de su suerte; solo le pide su iniciativa: que se sustituya al salario la participación del operario en el valor de la producción; tal es su única ambición: la asociación voluntaria; tal es su fórmula.

La participación en el valor del artefacto permite al trabajador beneficiar sobre el mayor precio que puede haber obtenido su obra, escitándole á trabajar con mas perfección, es decir, á mas bajo precio. Pues bien: la sociedad cooperativa, nacida ayer y casi despreciada entre nosotros, indica á la economía social el camino que ha de seguir para la solución del problema que busca. ¿Llegará á resolverlo por completo? El porvenir tan solo puede contestar á esta pregunta. A pesar de todo, y sin que esto sea anticipar la respuesta, podemos afirmar, sin temor de incurrir en error, que la sociedad cooperativa indica un progreso en la historia de nuestro siglo, porque ella anuncia el regreso del obrero á la libertad, y solo la libertad puede redimir al hombre de la miseria, puesto que, declarándole soberano de sí mismo, ella le indemniza así de su estrema pobreza.

Por otra parte, la sociedad cooperativa ofrece al obrero una caja de ahorros administrada por sí mismo, y le constituye en propietario de día en día; propietario en comun, es cierto, en lo que se refiere al instrumento del trabajo; pero propietario en particular, relativamente al beneficio. Entiéndase bien que hablamos de la sociedad cooperativa de producción.

De este modo, unido á sus hermanos por la solidaridad de intereses, y fortificando la debilidad individual con la fuerza colectiva de la asociación, el obrero llega á conjurar la miseria y el desamparo que le aguarda en su ancianidad.

X.

Una tribu salvaje, acosada por el hambre, acababa de abandonar su territorio. Despues de un penosísimo viaje por el desierto bajo los rayos de un sol abrasador, llegó á un oasis cubierto de bananos.

Un torrente la separaba de aquel paraiso. Las aguas de aquel torrente no corrian, sino que se precipitaban con todo su peso de catarata en carata, esparciendo á larga distancia sus mugidos junto con una nube de espuma.

Apuradas todas las provisiones durante el viaje, la tribu habia pasado el dia sin comer ni beber. Contemplando tristemente aquella Hespéride, que ostentaba sus abundantes frutos en la opuesta orilla, la multitud principi6 á murmurar contra la ironía del destino.

Entre los individuos de la tribu, un hombre sabio, un anciano, quedóse cabizbajo, y apoyando la barba en su mano, parecia meditar profundamente.

Un jóven, confiado en la fuerza de su edad, díjose á sí mismo:

—¡Me siento capaz de vencer el ímpetu del torrente!

Lo probó, y desapareció entre las aguas.

El sabio seguia meditando.

Otro jóven, confiado en su certera mirada, exclamó:

—¡Allí veo un vado! Puedo pasar á la otra orilla.

Pero resbaló entre las rocas, y desapareció tambien.

Entonces el sabio, levantándose de pronto, dijo á sus compañeros:

—Estos han perecido porque debian perecer: desafiaron doblemente el peligro; dieron oidos primero á la voz de la presuncion, y despues á la del egoismo. Si solo el vigoroso hubiera traspasado el torrente, el débil se hubiera quedado en este sitio. Escuchad, pues, la voz de la sabiduría, que es tambien la de la justicia. Cogeos de la mano, y apoyados unos en otros, podreis vencer el ímpetu de las aguas: su furor no podrá resistir á vuestra union. La fuerza de todos se comunicará á los brazos de cada uno de nosotros.

Los que formaban la caravana adoptaron el consejo, y cogidos unos á otros, sus pechos resistieron sin flaquear la furia de torrente. Protegidos por este diquean imado, los niños, las mujeres y los ancianos fueron los que pasaron primero.

La tribu penetró de este modo en el Eden que tenia á la vista, sin perder ni uno solo de sus individuos, y cada cual cogió antes de ponerse el sol la parte que le correspondia del dorado maná pendiente de los árboles del oasis.

CAPÍTULO XVI.

El derecho de la guerra.

I.

Lo mas estúpido que hay en el mundo es la guerra; pero como es tambien lo que hay mas horrendo, resulta que el horror en ella hace pasar desapercibida su estupidez. Un hombre de valor consiente en matar por oficio, porque él puede caer muerto, y porque esta gloriosa alternativa le ofrece la ocasion de probar que la muerte no le intimida, á pesar de que prefiere la vida, y que solo se espone á morir para vivir mas desahogadamente, en caso de conservar su existencia.

Por exíguo que sea nuestro espíritu marcial, nos esplicaríamos la guerra encendida por el apetito carnívoro, esto es, la guerra del antropófago contra su semejante. Esta guerra, cuando menos, presenta la utilidad práctica de la caza contra animales de una misma especie. Puesto que el estómago del hombre digiere la carne humana, el vencedor se come al vencido, y queda reducida la victoria á una cuestion gastronómica.

Tambien se esplicaria la guerra de los piratas, si por casualidad hubiésemos tenido la triste honra de nacer en un siglo de saqueo. Esta es una manera ingeniosa de vivir sin trabajar, y de recoger sin haber sembrado.

«¡Siego con mi lanza!» gritaba un bárbaro desde la silla de su caballo.

Antiguamente la voz extranjero era sinónimo de enemigo. «Este